

LA CARRETA NAHUA

*“Dicen que esos pasajeros que llevan una vela prendida en cada mano
y con la cabeza cubierta con una capuchas blancas,
son las ánimas del purgatorio que andan penando...”
Milagros Palma. “Senderos míticos de Nicaragua”*

Maite Arbizu no podía conciliar el sueño. Un calor asfixiante y el pánico a los insectos que acechaban desde los sucios rincones de aquella especie de dormitorio le obligaban a mantenerse tapada hasta la barbilla, sustrayendo a dípteros, coleópteros y resto de vampiros en miniatura el manjar de su piel blanca. Regueros de sudor empapaban el cuello de la sábana, se deslizaban bajo sus axilas y formaban grandes cercos malolientes sobre su camiseta. A veces, demasiado cerca de su oído, un zumbido prolongado delataba el incansable acecho de los parásitos, excitados por la novedad de sus olores. Pero el rumor de patitas bajo su lecho, cada vez que topillos o ratones (Maite hacía lo posible por evitar la palabra “rata”) correteaban sobre el suelo de tierra prensada, era peor. Desde la otra habitación, es decir, al otro lado de la manta que dividía la misérrima casucha, el ronquido desacompasado de tres almas se mezclaba con los gruñidos de los cerdos y el incansable canto de unos gallos incapaces de esperar a la alborada para despertar a la comunidad. Además, era incapaz de acostumbrarse a la tijera, una lona de plástico clavada a dos maderas cruzadas que hacía las veces de incómodo diván. Pero si Maite seguía en vela a las dos de la mañana, no era por estas pequeñeces.

Aguantando el calor hasta la frontera del desmayo, pendiente del vuelo de zancudos y resto de bichos desconocidos en torno a su cabeza descubierta, la respiración contenida para sustraerse al hedor a chanco, comidas agriadas y pies faltos de higiene, Maite Arbizu se preguntaba, por enésima vez, si no se habría equivocado. Se

preguntaba, y el sudor se helaba al preguntarlo, si su intempestiva reacción de la mañana no habría llevado las cosas a límites impredecibles.

Alba Luz Flores tampoco dormía. Sentada a la puerta de la Escuela Técnica Campesina, ajena a las pesadillas que, en forma de insectos inocentes, perseguían los sueños de los cheles, dejaba pasar las horas contemplando el mudo relampagueo que iluminaba un cielo libre de nubes y pesares. Según la leyenda, ese fuego que recorre Nicaragua sin dejar a su paso lluvia ni ecos de truenos imposibles, es la furia de Diriangén, la rabia de un cacique engañado y muerto por los invasores. Rabia por la inacción de sus hijos, sometidos, tantos siglos después, a la esclavitud de la piel blanca, a la maldición del Malinche. Alba Luz dejó escapar un suspiro resignado y decidió ponerse en marcha. La bien intencionada prepotencia de una cooperante extranjera no podía acarrear nuevas desgracias a los suyos.

Recostada en un catre remendado de trapos viejos y restos raídos de colchón, Yokasta Cárcamo contaba el paso del tiempo con la mirada perdida en la engañosa luz filtrada por las abundantes grietas del tejado. Se frotó la mejilla, constató que la hinchazón era prácticamente imperceptible y se obligó a contener las lágrimas. Otro relámpago tiñó de añil y hielo los difusos perfiles de la habitación: la mesa clavada a la tierra, los aperos amontonados sin orden contra una esquina, ropas acartonadas colgando de un clavo herrumbroso, la hamaca vacía de Joel flotando entre dudas y amenazas... esencia de abandono, esencia de soledad, de miedo inesperado. Yokasta maldijo sin palabras a su marido. Maldijo sin palabras el ron mal destilado, la pobreza, el hambre que roía sus tripas. Maldijo a la extranjera. Y se abandonó al llanto.

Una difusa bruma de alcohol y sueño velaba los ojos de Joel Baltodano cuando, manteniendo a duras penas el equilibrio, dejó atrás la decrepita pulpería. El exceso de guaro anidaba en sus pupilas y su entendimiento, nublaba la percepción misma de la noche y, con aromas de azúcar fermentado, enardecía sus recuerdos. Las voces acudían esquivas a su mente, rodeaban su cerebro abotargado y repetían hasta la locura la misma secuencia de reproches velados y directas acusaciones: *“Mirá que sos cochón pa permitir eso.”* *“Una verga importa lo que diga una chela.”* *“La culpa es de la Yokasta, que anda baboseando sobre vos en la adecás.”* *“Mirá que sos cochón.”* *“La culpa es de la Yokasta.”* *“Mirá que sos cochón.”* *“Cochón.”* Joel Baltodano apretó los dientes, se tragó su humillación y aspiró el pesado aire de la noche. Las nubes seguían allí, amenazando tormenta sobre su orgullo herido. A su espalda, las aguas turbias del lago reflejaban las luces de Managua, evocaban una magia inexistente en el imperio de la miseria pero, de frente, la oscuridad se cerraba sobre los ranchitos de perline, plástico y esperanza. Allí, en algún lugar de ese vacío invisible, esperaba Yokasta. Joel cerró con fuerza los dedos en torno al machete. Y se internó en las sombras.

Maite Arbizu estaba demasiado nerviosa para esperar a la mañana. La camiseta, empapada en sudor, parecía una mortaja adherida a su piel. Los latidos de su corazón retumbaban tan fuerte que eran perfectamente audibles en el silencio. El aire abrasaba sus pulmones y aspirar era cada vez más difícil y doloroso. No podía permanecer recostada en la tijera como si no pasara nada, no podía ser ajena a esa culpabilidad que le atenazaba. Se deshizo de la sábana con el alivio de quien se libera de una gigantesca tela de araña, calzó las botas y, afrontando su irracional temor a cucarachas, zancudos y resto de invertebrados inofensivos, salió a la calle.

Maite Arbizu llevaba tres semanas en Nicaragua, tres semanas densas de recuerdos cincelados para siempre en la memoria, de sentimientos aflorados a su piel con demasiada velocidad, de recibir más de lo que daba. A través de una pequeña ONG de su ciudad conoció a la Asociación de Desarrollo Comunitario Arlen Siu. Nacida al calor de la revolución sandinista, bautizada con el nombre de una de sus guerrilleras, la ADCAS impulsaba el microprogreso de las comunidades rurales de Nicaragua enfatizando la perspectiva de género, el respeto al medio ambiente, la alfabetización y la salud en un marco económico autosuficiente. Ostentosas palabras mil veces repetidas en discursos y proclamas que, en La Conquista, minúscula vecindad hecha de caminos sedientos, árboles retorcidos y vacas de grandes costillares, se transformaban en hechos concretos, en cálidas sonrisas y algo parecido a un brillo de optimismo en las pupilas. Maite pasaba el tiempo acompañando a las promotoras de casa en casa, de chabola en bohío, aprendiendo de la batalla que esas jovencitas recién licenciadas libraban contra los miedos, las tradiciones o los prejuicios de las campesinas. Poco a poco, armadas de palabra y escudadas en paciencia, atraían a unas mujeres rudas, educadas en la desconfianza y la maternidad impuesta, hacia un futuro más autónomo, menos sumiso, igual de duro. Cosas básicas, como alfabetizar a las iletradas. Modificar ciertas costumbres en salud reproductiva. Diversificar los cultivos, mejorar la crianza del ganado, acceder a los mercados locales. Presenciando su labor y el concentrado esfuerzo de las campesinas, Maite comprendió hasta qué punto era privilegiada. Unos centímetros al norte o a la derecha del mapamundi separaban bienestar de sufrimiento, futuro de presente anclado en el pasado. Pero también separaban indolencia y conformismo de lucha y responsabilidad. Esas mujeres, vestidas con harapos gastados pero siempre limpios, dobladas por el peso de los hijos, la leña o la tapisca y, sin embargo, firmes al timón de unas familias condenadas al naufragio sin la fortaleza de su

guía, eran un ejemplo de dignidad. Por eso, cuando la cocinera de ADCAS apareció con un oscuro cardenal bajo el párpado, no entendió su negativa a denunciar a su marido. Y quizá no supo reaccionar de la mejor manera posible.

Alba Luz Flores caminaba envuelta en tinieblas y negros presagios. El sendero ascendía paralelo al cauce seco de un río y un sonido imposible de aguas ficticias acompañaba su zozobra. En el cielo, los relámpagos seguían anunciando una tormenta que jamás habría de llegar y, en su pecho, la angustia se agigantaba a cada paso. Conocía a Yokasta y Joel, un joven matrimonio sin malicia que, desde el arribo de “la adecás” a La Conquista dedicaron a la asociación maratonianas jornadas de trabajo a cambio de unos salarios misérrimos que apenas alcanzaban el límite de la subsistencia. Ella era la cocinera, la responsable de tener siempre a punto las tortillas, el buchito de gallopinto, frescos y café aguado para el disonante coro de madres de tez oscura y extranjeros tan versados en estudios como vírgenes en conocimiento. Joel era uno de los chóferes. Desde antes del amanecer, sobre las cuatro de la mañana, hasta que los cheles terminaban de vaciar cervezas en la cantina en torno a medianoche, su ranchera sorteaba los monstruosos socavones de las pistas, vadeaba cauces inundados de cantos resacos o reposaba a la sombra de algún escuálido mango pendiente siempre de las necesidades del proceso de desarrollo y los caprichos de los cooperantes, cuyas botas de cientos de dólares apenas dejaron huellas sobre el polvo de los caminos. Eran una buena pareja, sin disputas conocidas, sin pleitos irresolubles. Por eso se sorprendió tanto cuando, a mediodía, reparó en el hematoma que Yokasta intentaba disimular manteniendo la mirada fija en sus chinelas. Era la hora del almuerzo. El precario comedor al aire libre rebosaba de europeos hambrientos y agotadas educadoras, por lo que decidió esperar hasta la tarde para reunirse con ambos. Pero aquella chiquita, Maite, se lo impidió con

su alocada intervención. Un ave graznó a su espalda, un augurio de dramas venideros. Alba Luz aceleró sobre la vereda ¿Cómo reaccionaría Joel? ¿En qué, en quién vengaría su herida dignidad de macho? A lo lejos, acurrucada en un recodo del río exánime, la cabaña de Yokasta dibujaba un perfil siniestro bajo la ambigua luz de los relámpagos.

“¿Por qué tuvo que meterse en lo que no le importa?” pensaba Yokasta Cárcamo desvelada sobre el catre. En el fondo, sabía que era injusta con la chela. Una mujer agredida es asunto de todo el mundo, no es algo a ocultar, algo para callar y sufrir en silencio. Le debía gratitud, no resentimiento. Pero no podía. No podía agradecer las buenas intenciones de una muchacha incapaz de pensar en las consecuencias de sus actos. Yokasta no sabía por qué Joel, que jamás bebía, que sólo alzaba la mano para acariciar sus mejillas y el nacimiento de sus cabellos, llegó anoche completamente bolo; por qué provocó una discusión absurda sobre temas sin importancia; por qué aquel bofetón cuya marca era visible bajo el contorno hinchado de sus párpados. No pensaba engañarse, como tantas amigas. Ella no fingiría que no pasa nada, que en un matrimonio es normal recibir, de vez en cuando, algún golpe. No. No iba a permitirlo. Pero conocía a Joel. Fue él quien, fulminado por el rayo de su mirada, se derrumbó sobre el suelo y comenzó a llorar. Yokasta le castigó con su silencio, con la negativa de su calor, de su lecho, con una fría indiferencia que duró toda la jornada. Cuando declinara el sol, solos los dos a la puerta de la casa, exigiría una explicación. Y un compromiso. Pero aquella mocosa de cerebro tan blanco como la piel se interpuso en su camino.

Joel Baltodano navegaba en el océano de su borrachera como un inexperto timonel en medio de la tempestad. Poco habituado a la sequedad del ron casero, las horas trasegando vasos mientras su dignidad varonil era mancillada con puyas e

imprecaciones comenzaban a pasarle factura. En un par de ocasiones se vio obligado a detener su zigzagueante caminar para, doblado sobre algún árbol, vaciar el contenido de su estómago, su vesícula y su alma. Así, con el agrio sabor de la derrota en la garganta, las imágenes de la mañana dando vueltas en torno a su vergüenza y el machete colgando de su cinto, caminó despacio hacia la casa.

El comedor de la adecás estaba repleto. Cooperantes, monitoras, estudiantes, chóferes y comadres se citaban en torno a una mesa colmada del trabajo de Yokasta. Su esposa se escondía en la cocina, entre los densos aromas del fríjol y del cilantro. Aunque no despegaba el rostro de las cazuelas, Joel pudo distinguir el cardenal ennegrecido en una esquina de su ojo, y un nudo de pena y dolor le atenazó la garganta. Seguía rehuyéndole. No la culpaba. Él también deseaba huir de sí mismo, alejarse de ese animal capaz de maltratar a quien más quería. Pero necesitaba hablarle. Necesitaba suplicar su perdón, jurarle que jamás, pasara lo que pasara, se repetiría aquello. Entonces, la chela se abalanzó sobre él.

Se detuvo a orinar a la orilla de un arroyo convertido en torrentera. La furia de Diriangén iluminaba los cielos y su propia furia crecía y se fortalecía con cada recuerdo. La bofetada de aquella niña delante de vecinos y camaradas. Sus gritos, su desprecio. Las amenazas. El silencio cómplice de Yokasta, de Alba Luz y resto de coordinadoras. Las risas, los murmullos. Un hombretón cincelado en los campos y la miseria humillado, para deleite y comidilla de la comunidad entera, por una mocosa amparada en su origen europeo y los dólares de su ONG. La vergüenza. La exposición pública de sus miserias, de su único delito. Buscó refugio en la soledad de la taberna, en el calor de aquel guaro que horas antes juró no volver a probar. Sus amigos le rodearon, crearon un

núcleo de extraña solidaridad masculina, solidaridad trenzada con alcohol, insultos y amenazas. “*Si a mí me hace eso, allá mismo la demuestro quien soy.*” “*Te tomó por cochón, Joel, y vos sos bien macho. Andá a demostrarlo.*” “*La Yokasta tuvo la culpa. A saber qué dijo de vos a las mujeres.*” “*¿No serás cochón, vos?*” Joel Baltodano se guardó la verga salpicando unos calzoncillos amarilleados y abrochó la bragueta. “*Vamos a ver quién es cochón acá*” balbuceó aferrándose al frío del machete.

Maite Arbizu alcanzó exhausta la loma donde la pista se bifurcaba en veredas tapizadas de tinieblas. Apoyando las manos en las rodillas, buscó un aire que los pulmones aspiraban con exceso de pereza. Algo dolía en el centro de su pecho, una punzada clavada en algún lugar de su corazón: remordimientos, cansancio, miedo... Sacudió la cabeza y siguió corriendo. Varios metros por delante, apremiada por la misma urgencia, por idéntico temor, Alba Luz Flores aceleraba el paso.

En medio de su confusión, demasiado borracho para distinguir la línea que separa sueño y realidad, Joel Baltodano escuchó un ruido extraño. A su espalda, un sonido seco de madera contra piedra, un trotar de cascos sobre el camino, le hizo detenerse. Tragó saliva. Hacía frío. El sudor denso que bañaba su camisa se congelaba, creaba una pátina de escarcha sobre la piel. Se giró. Conteniendo la irracionalidad de un pánico enraizado en la infancia y la leyenda, se giró. Un carromato de grandes ruedas tachonadas en metal avanzaba hacia él sin prisa, al ritmo cadencioso de un famélico caballo negro. Los ojos del animal despedían un extraño fulgor rojizo y, desde su vientre abierto, cientos de gusanos resbalaban hasta el suelo. Una fosforescencia de cirios iluminaba el escaño donde un cochero embozado bajo una capucha putrefacta manejaba las riendas con manos descarnadas. “*La carretanagua*” pensó Joel sumido en

el pozo de un horror ancestral mientras aquel vehículo de pesadilla le adelantaba para perderse en una curva. *“La carretanagua. La mensajera del infierno, vagando por las calles en busca del alma de los condenados, de quienes van a morir esta noche.”* Contuvo un jadeo. *“Va camino de la casa.”* De repente, comprendió. Entre sus manos agarrotadas de terror, el machete reflejaba los relámpagos con siniestros destellos acerados; el odio hervía en su interior, sazonado con humillación; su prudencia zozobraba entre alcohol y rabia. Y la carreta nahua trotaba en busca de Yokasta. Con un grito desgarrado arrojó lejos el machete y corrió lo más rápido que pudo.

Desde la distancia, Maite Arbizu tuvo tiempo de distinguir cómo la vacilante figura de Joel penetraba en la cabaña. El pinchazo de su tórax se hizo más intenso, más agudo. Estaba borracho. Sus movimientos, su indecisión ante la puerta, eran síntoma obvio de embriaguez. Segura de llegar tarde, segura de ser inútil testigo de una tragedia inevitable, hizo caso omiso al dolor, al agudo silbido de sus pulmones, y se lanzó ladera abajo. Sólo entreabrió una mínima rendija a la esperanza cuando, perfilada bajo la luz de los relámpagos, intuyó junto a la vivienda la silueta de la coordinadora de ADCAS. Musitando una oración aprendida de niña, olvidada en su adulto escepticismo, rogó por el milagro.

Cuando Maite alcanzó la puerta, cada latido implicaba una breve tortura, una orgía de agujones taladrándole por dentro. Con un último esfuerzo, aspiró una enorme bocanada de cálido aire nocturno y traspuso el umbral. A la luz nerviosa de la vela, Alba Luz Flores contemplaba la escena con la ambigüedad esculpida en su tez morena. Sobre la cama, Joel y Yokasta, bañados en lágrimas de alivio, de perdón y de futuro, se abrazaban con la fuerza de los enamorados. Maite sonrió. *“No pasa nada ¡Gracias a*

dios, no pasa nada!” pensó mientras, los brazos apretados contra el tambor desbocado de su pecho, regresaba a la calle. Entonces lo vio. Era un carro de madera apolillada, salpicada de lodo y verdín. De él tiraba un jamelgo cuyos ojos eran apenas cuencas vacías, nidos gemelos repletos de cucarachas. Sobre el pescante, una figura amortajada de telas podridas y raíces apretadas soltó las riendas y la señaló con una falange hueca. Y todo se nubló. La noche se hizo muerte, la vida se hizo pasado y el dolor se apropió de cada resquicio de su cuerpo cuando el corazón, agotado en plena juventud, detuvo para siempre su carrera.